

# A OCHENTA AÑOS DE OCTUBRE DE 1917

Selección y notas de JEAN MEYER

## 1. PREDICCIONES

LA PROFECÍA

Un año negro al fin, oh Rusia, un año  
la tiara ha de caer del Monomaco;  
olvidarás tu fe y tu amor de siempre  
y sangre y muerte nutrirán tu espanto.  
Ya la ley tutelar no guarda al inocente;  
ya va surgiendo una siniestra peste  
del pudridero inmundo, toma el monte,  
y lentamente va de casa en casa;  
por un sudario para el pueblo clama.  
¡Ah país desdichado, qué tormentos!  
Ríos de sangre, rojos como el alba.  
Va aparecer, en esos días negros,  
sin que nada lo anuncie, un extranjero;  
lo señalan el porte majestuoso  
y en la mano el puñal, fulgor de acero.  
¡Oh infortunio! Tus llantos y tus gritos  
serán con negras burlas recibidos.  
Y del amo verás, de noche, en sombras,  
sólo la dura frente tenebrosa.

MIJAIL LÉRMONTOV, 1839

DE DESDE LA OTRA BANDA

El socialismo desarrollará todas sus fases, llegará a sus extremos, al absurdo; luego, un grito de negación se arrancará de nuevo del pecho titánico de la minoría revolucionaria, y empezará una lucha a muerte en la cual el socialismo tomará el lugar actualmente ocupado por el conservatismo y será vencido por una nueva revolución que no podemos imaginar.

HERZEN, 1849

DE POLONIA Y RUSIA

Rusia no admite de nosotros sino el mal. Lo absorbe,

lo atrae, todo el veneno de Europa. Lo aumenta y vuelve más peligroso. Ayer nos decía "Soy el cristianismo", mañana nos dirá "Soy el socialismo".

MICHELET, 1863.

## 2. OCTUBRE DE 1917

JEAN MEYER

Lenin diagnosticaba, con la lucidez que le era propia cuando no se trataba de su pasión política, "el tiempo del acabóse" y "el eslabón débil" que representaba Rusia. Como todos los grandes revolucionarios, ponía al servicio de su lucidez un idealismo apasionado; tenía la convicción absoluta de sostener, solo, la verdad; tenía la voluntad feroz de hacer triunfar dicha verdad; tenía, además, un poder único de convencimiento.

En febrero el partido tenía 24 000 miembros; en julio, 77 000, pero después de las jornadas insurreccionales, todo parecía perdido. Gracias a Kerensky y a su pleito con Kornilov, en septiembre el partido había recuperado su libertad de acción, contaba con 240 000 inscritos, entre ellos unos 18 000 guardias rojas. Según los colegas de Lenin, era poco para derrotar a Kerensky. ¿Poco? Más que suficiente, contestaba Lenin, con impaciencia. Stalin, Trotzky, Dzerzhinski, buenos alumnos, aprendieron pronto y armaron el aparato "militar-revolucionario" que tomó a Petrogrado entre el 24 y el 26 de octubre. Unos diez días más, los famosos *Diez días que estremecieron al mundo* (John Reed): Moscú y todas las grandes ciudades caían en sus manos.

Lenin había escrito al Comité Central del partido: *Hay que poner en la orden del día el levantamiento armado en Piter y Moscú, la toma del poder, el derrocamiento del gobierno. Hay que recordar las palabras de Marx: "El levantamiento es un arte" y meditarlas(...)* En este momento preciso, el único medio para seguir fiel al marxismo, es considerar el levantamiento como un

arte. En la sesión del 10 de octubre batalló rudamente para convencer a sus compañeros reticentes y, por fin, impuso su voluntad en un casi empate.

Todo el mundo, en Petrogrado, estaba al tanto de los proyectos bolcheviques. El 17 de octubre, el periódico de Gorki, *Novaya Zhizn*, condenó de antemano todo intento golpista; al día siguiente, publicó una carta de Kamenev y Zinoviev contra un golpe de Estado y a favor de un gobierno que agrupara a todos los partidos representados en el Soviet; Kerensky, perfectamente informado, subestimó a los bolcheviques y no preparó ninguna resistencia, quizá porque le preocupaba más la ofensiva alemana. El 3 de octubre los rusos habían evacuado Riga y el 8 los alemanes habían ocupado las islas del golfo: Petrogrado quedaba sin defensas, a tal grado que Kerensky ordenó el traslado del gobierno a Moscú.

Lenin tenía prisa, quería el golpe antes del día 25. En realidad el poder pasó a los bolcheviques el 21, cuando el comité militar revolucionario de Petrogrado exigió ser obedecido por el ejército y mandó a sus comisarios para controlarlo. Trotsky era el presidente del Soviet y también del comité. El "último combate decisivo" tuvo lugar en la noche del 24 al 25. El país estaba en calma, Petrogrado también. La gente fue al teatro y a la ópera, para escuchar a Chaliapin en *Don Carlos*, las calles estaban iluminadas y los tranvías corrían, llenos. El golpe de Estado fue clásico, "blanco", casi sin violencia. Los efectivos movilizados eran mínimos: 7 000 por los bolcheviques (2 500 marineros de Kronstadt, otros tantos soldados y 2 000 guardias rojos), 2 000 por el gobierno: algunos cosacos, jóvenes cadetes, 40 inválidos y 140 mujeres del femenino "regimiento de la muerte". Nadie quería pelear, ni los golpistas. La enorme guarnición —más de 100 000 hombres— se mantuvo neutral. No hubo un verdadero asalto al Palacio de Invierno, residencia de Gobierno. El primer intento se detuvo tras los primeros tiros. Kerensky salió sin problemas para buscar tropas y desapareció en la noche. Exit el "salvador de la revolución".

El 25 fue un día de espera tranquila. A las 6:30 de la tarde, los insurgentes mandaron un *ultimatum*. A las 9, el crucero *Aurora* disparó un tiro de salva; a las 11 los cañones de la ciudadela Pedro y Pablo dispararon 35 obuses, dos de los cuales cayeron sobre el palacio de invierno. Nadie quería morir. Cansados de esperar refuerzos inexistentes, los defensores empezaron a retirarse sin que nadie los molestara. Quedaron sólo las mujeres y algunos cadetes. La muchedumbre entró y arrestó a los ministros. Todo había terminado. Hubo cinco muertos, unas violaciones tumultuarias, algo de saqueo.

En el palacio de Smolny, el Congreso de los Soviets había empezado a sesionar. Siguió hasta las

5:00 hrs., tres horas después de la rendición del gobierno. Trotsky declamaba: *Que yo sepa, no hay en la Historia otro ejemplo de un movimiento revolucionario que, movilizandoo masas tan gigantescas, haya sido tan poco sangriento. El burgués dormía tranquilamente y no sabía que, mientras, un poder reemplazaba a otro...* Entró Lenin: *Camaradas: ¡La revolución obrera y campesina, cuya necesidad no dejaban de evocar los bolcheviques, se cumplió!. De aquí en adelante, tendremos nuestro órgano de poder, sin ninguna participación de la burguesía. Las masas oprimidas crean ellas mismas el poder (...). Objetivos prioritarios: proposiciones inmediatas de paz, abolición inmediata de la propiedad territorial señorial, control obrero de la producción (...). ¡Viva la Revolución Socialista Internacional!*

Contra los escrúpulos marxistas y "democráticos" de los bolcheviques, la voluntad de Lenin había jugado un papel decisivo. Lenin razonó siempre en términos militares: tomar el poder para destruir al adversario; la política es la guerra de clases, la guerra a secas. Después del fracaso de las jornadas callejeras con sus movilizaciones masivas, había optado por el golpe. Dueño del poder, se negó a compartirlo con los otros partidos socialistas, lo que provocó la renuncia de varios comisarios bolcheviques (5 de 11). Otros comisarios menos importantes los siguieron y justificaron su preferencia por una coalición al decir que "la única alternativa es el mantenimiento de un gobierno exclusivamente bolchevique por el terror político".

### 3. EN MÉXICO

JEAN MEYER

México tenía actividad de sobra con su propia revolución. En cuanto a su gobierno, no podía tener a Rusia entre sus prioridades diplomáticas. Además, la Secretaría de Relaciones perdió en seguida el contacto con sus agentes en Petrogrado (los rusos, por nacionalismo, habían dejado de hablar de San Petersburgo). La embajada mexicana había cerrado sus puertas tan pronto como tomaron el poder los bolcheviques. El consulado mexicano en Moscú no cerró la suya sino hasta 1919, pero no ha dejado testimonio de interés sobre las jornadas de octubre 17.\*

En cuanto a la prensa nacional, no tenía noticias directas y lo que pudo publicar sobre Petrogrado y

\* Enrique Arriola, ed. *Sobre rusos y Rusia*, México, INAH, 1994.

Moscú reflejaba tanto una información de segunda mano como la ideología de los periódicos: *El Universal* y *Excelsior*, fundados respectivamente en 1916 y 1917, eran favorables a los anglosajones y a Francia, mientras que *El Demócrata* estaba a favor de Alemania. Su actitud frente al golpe de Estado bolchevique y, posteriormente, frente al nuevo poder soviético, siguió la de los Aliados y la de Alemania. Todo lo que podía debilitar a Alemania era celebrado por los dos primeros, mientras que *El Demócrata*, en parte financiado por Berlín, celebró el tratado de Brest-Litovsk que dejaba al ejército alemán sin segundo frente. Por eso *El Demócrata* fue el único en publicar informaciones favorables a los bolcheviques e incluso proclamas de Lenin. El 9 y el 10 de noviembre de 1917 anunció que "El gobierno de los bolsheviky se consolida con gran rapidez" después de una "Transferencia de poder sin derramamiento de sangre". "Obreros y campesinos controlarán el gobierno". El 26 de noviembre afirmó que "Bajo los mejores auspicios empezaron las negociaciones para el concierto de paz entre los Imperios Centrales y Rusia".

#### 4. REACCIONES CONTEMPORÁNEAS

Boris Krichesky envió a *L'humanité* el análisis siguiente:

CARTAS DESDE PETROGRADO SOBRE EL GOLPE MILITAR DE  
LOS BOLCHEVIQUES

UNA LABOR DE PRETORIANOS

Hace cinco años que la capital de la Revolución —una Revolución que se había anunciado tan radiante, cuya aurora era tan bella— se encuentra en poder de un puñado de audaces conspiradores.

El telégrafo bolchevique le había sin duda anunciado al mundo entero lo que los dictadores de Petrogrado no cesan de festinar aquí en sus proclamas y sus "decretos": a saber, que una "tercera Revolución", "una gloriosa Revolución obrera y campesina" acaba de triunfar, triunfa, triunfó por completo, definitivamente y sin remedio...

Palabra por palabra, una mentira.

No fue una insurrección obrera lo que elevó a un efímero poder a Lenin y a Trotski. No fue para nada una insurrección. El pueblo obrero de Petrogrado, como el resto de la población, dormía a pierna suelta la noche del seis al siete de noviembre que le dió el poder a la banda. Trotski, como siempre cí-

nico, se jactó al día siguiente ante el Congreso de los Soviets: "los habitantes dormían tranquilamente y no sabían que en ese momento un poder sucedía al otro..." (*Izvestia*, 26 de octubre-8 de noviembre).

Fue una conjura en toda la extensión de la palabra, aunque organizada a la luz del día, en las narices de un gobierno lamentablemente impotente. Fue precisamente la parálisis del poder, de la que hablé en mi carta anterior, lo que permitió a los bolcheviques organizar abiertamente su conspiración, sin molestias, y triunfar tan fácilmente.

Tampoco fue una conjura de trabajadores armados. Fue una conjura militar, ejecutada por los pretorianos bolchevistas de la guarnición ociosa, corrupta y podrida de Petrogrado, con ayuda de los marinos y de alguna pequeñas unidades de la flota del Báltico fiel a los bolcheviques.

Cabe sospechar que la guarnición y la flota se dejaron seducir no por las perspectivas bolchevistas de la "Revolución social", sino por las promesas más sustanciales de los demagogos acerca de una paz inmediata.

Por otro lado, en cuanto a la guarnición en particular, los bolchevistas habían terminado en los últimos tiempos por conquistarla al oponerse con empeño a su *envío al frente*, pese a las llamadas acuciantes de los comités electivos de los ejércitos combatientes para que llegaran relevos de la guarnición de Petrogrado, que no había visto las trincheras desde por lo menos el principio de la Revolución... La consigna bolchevista: "¡No se lleven a la guarnición revolucionaria de Petrogrado!", había agrupado en torno a los conspiradores, en un impulso evidentemente muy idealista, a todos los habitantes bien alimentados y demasiado relajados de los cuarteles, quienes desde hace muchos meses ya ni siquiera hacían ejercicios y mataban el tiempo paseándose por las calles, a pie y, sobre todo, en unos tranvías siempre más atestados que el metro de París, haciendo cola en las tiendas de provisiones y, sobre todo, en los depósitos de alcohol, jugando a las cartas, corriendo tras las muchachas...

¡Tales son los móviles que hicieron marchar a la "guarnición revolucionaria" y a los marinos *idem*, bajo la orden de los conspiradores, al asalto sin pena ni gloria de un gobierno sin defensas!

Para maquillar con colores proletarios su aventura, los Lenin y los Trotski no pueden apelar sino a la "guardia roja" reclutada entre la juventud obrera, en parte alentada sinceramente por las arengas bolchevistas pero en parte también perteneciente a los elementos que en París llamamos "cábulas" y aquí "hooligans" (término inglés adoptado por el ruso), elementos mezclados con mantenedores de las "ban-

das negras" que desde hace tiempo tratan de pescar en las aguas revueltas de la demagogia bolchevista.

#### UN TRIUNFO BONAPARTISTA

No, los obreros de Petrogrado no han merecido, pese a todo, las sangrante injuria de haber participado en el golpe de Estado de los Bonaparte del bolchevismo, epíteto aplicado al rostro de los Lenin y los Trotski por la Gaceta Obrera, el órgano del Comité Central del partido socialdemócrata (unificado), de los mencheviques.

Véase lo que dice ese órgano (27 de octubre-9 de noviembre) en su artículo principal, "El poder de los Bonaparte":

Ultrajada y manchada, la Revolución rusa se cubre de lodo y de sangre.

¡Y este es "el gobierno de los Soviets"! ¡Qué calumnia monstruosa!

¿Dónde quedaron todos los partidos socialistas que estaban agrupados en los Soviets? Uno tras otro, habían abandonado el Instituto Smolyn (asiento del Congreso de los Soviets), encargándose de poner un abismo infranqueable entre ellos y el puñado de aventureros que habían atentado criminalmente contra la libertad rusa. No es el "gobierno de los Soviets" sino el gobierno de los bolcheviques el que está sentado en el trono, gracias a un complot militar...

...Nadie se dejará engañar por el falso telón con que los Soviets pretenden ocultar sus crímenes...

¡Esto es "el gobierno de los Soviets"?

¡Donde están sin embargo esos millones de obreros, de campesinos y de soldados que se agrupaban como una sólida muralla alrededor de los Soviets en sus días de gloria y de grandeza? ¡Ya no existe ese muro inquebrantable!...

¡Y dónde están los obreros, en nombre de los cuales agita el partido socialdemócrata "obrero" de los bolcheviques? Cierto: pueden mostrar algunos millares de "guardias rojas", de esa juventud obrera que, ardiente y confiada, se entregó a los jefes que prometían —¡que poco les cuestan las promesas!— el socialismo y el paraíso en la tierra. Pero las calles desiertas de los barrios obreros están sumidas en un silencio sombrío, no se ven cortejos alegres, triunfantes, ni banderas rojas valientemente desplegadas, y ninguna delegación llega a saludar a los vencedores. Las masas obreras sienten instintivamente lo que mañana les confirmará una amarga experiencia: no es su propio gobierno el que busca apoderarse del Estado, no es su propia victoria...

Por eso están vacías y ensombrecidas las calles de Petrogrado. Por eso en la capital no se respira un ambiente de fiesta sino un ambiente fúnebre: son los funerales de la libertad, de la Revolución...

Este lenguaje indignado se encuentra, con la misma vehemencia, en los diarios y los manifiestos de todos los partidos y las agrupaciones socialistas de importancia, particularmente en el *Dielo Naroda*, el órgano del Comité Central del Partido Socialista Revolucionario.

Las únicas excepciones son: 1) el grupo de los socialistas revolucionarios de izquierda que, sin atreverse a entrar en el "gobierno" usurpador, han tenido alguna participación en el golpe de Estado y se encuentran por eso bajo la amenaza de ser excluidos del Partido, amenaza que ha sido expresada por el Comité Central de los Socialistas Revolucionarios; 2) la fracción de los mencheviques internacionales (los de Martov) y 3) un grupo, surgido hace muy poco, de "internacionalistas unificados" grupo del periódico de Gorki, *Novaya Jizn*, dos grupos que, aun desaprobando el uso de la fuerza, intentan desempeñar el papel de "agentes de la decencia" entre los usurpadores y el socialismo organizado...

Aparte de esos pequeños grupos, poco influyentes o desacreditados, todo el socialismo de Rusia, obrero y campesino, marxista o populista, intransigente o realista, se ha alzado como un solo hombre contra el crimen bolchevista. La facción de Lenin y de Trotski ha sido puesta por él en cuarentena. Según la fuerte expresión de la *Gaceta Obrera* el socialismo organizado ha aislado a esa banda como si se tratara de un "foco de infección".

Pasajes de la octava carta (11 de noviembre en el calendario occidental) a *L'Humanité*. Reproducido en *Vers la catastrophe russe. Lettres de Petrograd au journal L'Humanité. Octobre 1917-février 1918*. (París, Alcan, 1919, pp. 81 a 88.)

## 5. PENSAMIENTOS INTEMPESTIVOS

### MÁXIMO GORKI

Máximo Gorki (1868-1936), Alexei Peshokov para el estado civil, representa la tragedia del escritor "comprometido". Autor, al principio, de poemas y cuentos románticos y revolucionarios, desarrolló luego en sus novelas y obras de teatro sus tesis filosóficas y políticas (Los Bajos Fondos, 1902, La Madre, 1907). Después de una breve estancia en la cárcel por sus actividades revolucionarias, se estableció en Capri en 1906. Ahí se quedó hasta 1917, cuando la revolución puso fin, en febrero, al zarismo. Condenó el golpe de Estado bolchevique, como se puede ver en los artículos publicados en su periódico *Novaya Zhizn* (Vida Nueva) bajo el título de

"Pensamientos intempestivos" (una referencia a Nietzsche). Los bolcheviques suspendieron el periódico pero Gorki intentó defender tanto a la cultura como a los intelectuales y artistas perseguidos por la Cheka. Lenin lo mandó, cortés pero firmemente, al exilio en Alemania y Capri. Entre 1929 y 1932 viajó varias veces a la URSS. Stalin lo convenció de quedarse definitivamente en 1933, en una jaula dorada. Gorki tuvo un papel mayúsculo en la instauración del "realismo socialista". Presidente de la Unión de Escritores, glorificó la construcción del socialismo y la "reeduación por el trabajo" en los campos del Gulag. Se rumora que su muerte, en 1936, fue un asesinato ordenado por Stalin. Hay una notable contradicción entre el Gorki de 1929-1936 y el hombre valiente y lúcido de 1917. Los textos que publicamos quedaron suprimidos en la URSS hasta 1990. Existió una edición rusa publicada en París en 1971.

PENSAMIENTOS INTEMPESTIVOS  
(14 de julio de 1917)

Toda mi vida guardaré en la memoria las repugnantes escenas de la locura que se apoderó de Petrogrado el 4 de julio\*.

Allá, erizado de rifles y ametralladoras, un camión echa luz como un cerdo enloquecido; está abarrotado de miembros heterogéneos del "ejército revolucionario" y entre ellos un joven imberbe grita históricamente:

"¡La revolución social, camaradas!"

Algunos que aún no pierden la razón, sin armas pero tranquilos, detienen al monstruo retumbante y lo desarmar, arrancándole la pelambre de rifles. Los soldados y marinos desarmados se mezclan con la multitud y se pierden en ella; el absurdo camión, ahora vacío, brinca pesadamente en el pavimento sucio y desaparece también como una pesadilla.

Y es claro que esta salida aterradora a la "revolución social" fue emprendida por algunos precipitada e inconscientemente, y que la fuerza que lanzó a las calles a la gente, armada hasta los dientes, se llama estupidez.

Un disparo trueno de pronto en algún lado y cientos de personas vuelan convulsamente en todas direcciones llevadas por el miedo, como las hojas secas ante el vendaval. Caen al suelo atropellándose unos a otros, llorando y gritando:

"¡Los burgueses están disparando!"

No eran "los burgueses", por supuesto, los que disparaban, no era el miedo a la revolución, quiero decir, sino el miedo a que algo le sucediera a ésta. Hay mucho de este miedo entre nosotros. Se ha sen-

tido en todas partes: en las manos de los soldados sobre los bípodes de las ametralladoras, en las manos temblorosas de los obreros que sostienen rifles cargados y pistolas con el seguro suelto, y en la apariencia fatigada de los ojos salvajemente fijos. Fue claro que esta gente no creía en su fuerza y es muy improbable que entendieran por qué se habían lanzado armados a la calle.

La escena de pánico que hubo en la esquina de Nevsky y Liteyny hacia las cuatro de la tarde fue especialmente característica. Unas dos compañías de soldados y varios cientos de civiles estaban mansamente parados cerca del restaurante Palkin y más allá, en dirección de la Plaza Znamenskaya, cuando, de pronto, como por obra de algún hechicero irónico y malvado, toda esta gente armada y desarmada se convirtió en un rebaño frenético.

[...]

Habiendo leído lo arriba expuesto, no faltarán los desvergonzados que griten con regocijo:

"¡Pero no se dice una sola palabra del papel de los leninistas en los acontecimientos del 4 de julio! ¡Ah! está la hipocresía!"

No soy detective, no sé a quién hay que culpar más por este drama repulsivo. No pretendo justificar a los aventureros, detesto y aborrezco a quienes despiertan los oscuros instintos de las masas, no importa el nombre que porten ni cuán considerables hayan sido sus servicios a Rusia en el pasado. Creo que es posible que los acontecimientos del 4 de julio hayan sido provocados por extranjeros, pero debo decir que la alegría maligna desplegada por cierta gente tras esos acontecimientos es sospechosa en extremo. Hay quienes hablan tanto de la libertad, de la revolución y de su amor por ellas que sus palabras suelen hacernos pensar en el dulce cuento de los mercaderes que quieren vender sus productos con el mayor provecho posible.

En todo caso, me parece que los estímulos principales para este drama no provinieron de los "leninistas", los alemanes, los informantes o los siniestros contrarrevolucionarios, sino de un enemigo mucho más maligno y poderoso: la opresiva estupidez rusa.

A nuestra estupidez, precisamente, hay que culpar por el drama del 4 de julio más que a cualquiera otra de las fuerzas que contribuyeron a él; llámese estupidez, falta de cultura, ausencia de sentido de la historia —o como ustedes quieran.

¡NO DEBEMOS CALLAR!  
(18 de octubre de 1917)

Se esparcen rumores cada vez más persistentes de que alguna "acción de los bolcheviques" ocurrirá el 20 de octubre; en otras palabras, se repetirán las de-

\* Jean Meyer tiene en prensa: *Rusia y sus Imperios, 1894-1991*.

sagradas escenas que vimos del 3 al 5 de julio. Otra vez los camiones abarrotados de gente que tiembla de miedo con rifles y pistolas en las manos —¡y esos rifles le dispararán a los escaparates, a la gente, a cualquier cosa! Dispararán únicamente porque quienes están armados con ellos quieren matar su miedo. Todos los instintos oscuros de la multitud irritada por la desintegración de la vida y las mentiras y la obscenidad de los políticos se inflamarán y humearán, envenenándonos con angustia, odio y espíritu de venganza; la gente se matará entre sí, incapaz de suprimir su propia estupidez animal.

Una multitud caótica, que apenas comprende lo que anhela, se arrastrará hacia la calle y, utilizando esta multitud como escudo, los aventureros y asesinos profesionales comenzarán a “crear la historia de la revolución rusa”.

En suma, se repetirá esa carnicería insensata y sangrienta que ya hemos presenciado y que ha minado el sentido moral de la revolución en el país entero y sacudido su significado cultural.

Es muy probable que esta vez los acontecimientos tomen un carácter aún más sangriento y destructivo y le asesten un golpe aún más violento a la revolución.

¿Quién necesita todo esto y por qué? Aparentemente, el Comité Central de los bolcheviques socialdemócratas no está involucrado en la pretendida aventura, pues hasta hoy no ha confirmado, de manera alguna, los rumores sobre de la acción venidera, si bien tampoco los ha refutado.

Así pues, vale preguntar: ¿Existen en verdad aventureros que, viendo que la energía revolucionaria de la parte pensante del proletariado flaquea, busquen estimular esta energía mediante una profusa sangría?

¡O es que estos aventureros desean que la contrarrevolución aseste su golpe más pronto, y están esforzándose, con tal objetivo en mente, en desorganizar las fuerzas?

El Comité Central de los bolcheviques está obligado a refutar los rumores acerca de la acción del día veinte. Debe hacerlo si en verdad es un cuerpo político fuerte y libre capaz de guiar a las masas, y no un juguete sin voluntad de las masas enardecidas, ni un instrumento en manos de los aventureros más desvergonzados o de los fanáticos enloquecidos.

PARA LA DEMOCRACIA  
(7 de noviembre de 1917)

Los ministros socialistas liberados por Lenin y Trotski de la Fortaleza de Pedro y Pablo regresaron a casa, dejando a sus colegas M.V. Bernatsky, A. I. Kononov, M. I. Tereshenko y otros en manos de gente sin

la menor idea de lo que son la libertad del individuo o los derechos del hombre.

Lenin, Trotski y sus compañeros se han intoxicado con el inundo veneno del poder, como se pone de manifiesto en su vergonzosa actitud respecto a la libertad de expresión, los derechos del individuo, y la suma total de los derechos por los que ha luchado la democracia.

Los fanáticos ciegos y los aventureros deshonestos se apresuran enloquecidos, supuestamente por la ruta de la “revolución social”; en realidad es el camino a la anarquía, a la destrucción del proletariado y la revolución.

En este camino Lenin y sus asociados creen posible cometer toda suerte de crímenes, como la masacre en las afueras de San Petersburgo, la destrucción de Moscú, la abolición de la libertad de expresión y los arrestos injustificados: todas las abominaciones que habían sido perpetradas por Plevé y Stolypin.

Por supuesto, Stolypin y Plevé se oponían a la democracia y a todo lo que en Rusia estaba vivo y era decente. De cualquier modo, Lenin fue seguido por una parte considerable —para la época— de la clase obrera; pero considero que el sentido común del proletariado y la conciencia de sus tareas históricas habrán de mostrarle pronto la absoluta imposibilidad de realizar las promesas de Lenin, al extremo de su locura más profunda, y a su versión de anarquismo al estilo de Bakunin y Nechaev.

La clase obrera no puede dejar de entender que Lenin está llevando a cabo cierto experimento con su pellejo y su sangre, que se está esforzando en empujar el ánimo revolucionario del proletariado a su extremo más remoto; tampoco puede dejar de preguntarse en qué acabará todo esto.

Desde luego que él no cree en la posibilidad de la victoria del proletariado en Rusia bajo las condiciones presentes, pero tal vez espere un milagro.

La clase obrera debiera saber que los milagros no ocurren en la vida real, que debe esperar hambre, el desorden más completo dentro de la industria, el entorpecimiento del transporte y la más prolongada y sangrienta anarquía, seguida de una reacción no menos sangrienta y sombría.

Es allí a donde el proletariado está siendo arrastrado por su líder actual, y debe entenderse que Lenin no es un mago todopoderoso sino un cínico embustero que no perdona ni la vida ni el honor del proletariado.

Los trabajadores no deben permitir que aventureros y dementes acumulen crímenes sangrientos, absurdos y vergonzosos sobre las cabezas del proletariado; crímenes por los que el proletariado mismo, no Lenin, habrá de pagar.

Me pregunto:

¿Recuerda la democracia rusa las ideas por cuyo triunfo luchó contra del despotismo de la monarquía?

¿Se considera capaz de continuar esta lucha en el presente?

¿Recuerda acaso que cuando los gendarmes de los Romanov arrojaban a sus líderes ideológicos en las prisiones y campos de trabajo forzado, llamaba a esto su método para la lucha de las bases?

¿En qué difiere la actitud de Lenin de la de un Stolypin, un Pleve y otros semihumanos?

¿Acaso el gobierno de Lenin no detiene y arrastra a las prisiones a todos aquel que piensa distinto, tal y como lo hacía el gobierno de Romanov?

[...]

Pero el maximalismo práctico de los comunistas anárquicos y de los visionarios de Smolny es fatal para Rusia y, sobre todo, para la clase obrera rusa.

Los Comisarios del Pueblo tratan a Rusia como material para la experimentación; para ellos, el pueblo ruso es como el caballo que los bacteriólogos inoculan con tifo para que produzca suero contra el tifo en su sangre. Justamente un experimento así de cruel, que está condenado de antemano al fracaso, está siendo llevado a cabo por los comunistas en Rusia sobre el pueblo ruso, sin considerar que el caballo agotado, medio muerto de hambre, puede morir.

A los reformistas de Smolny no les preocupa Rusia; la están sacrificando sin tentarse el corazón a su sueño de una revolución europea o mundial.

No hay lugar para una revolución social bajo las condiciones presentes de la vida rusa, pues es imposible convertir al socialismo, de un plumazo, al 85% de la población campesina de este país, entre la que se cuentan decenas de millones de nómadas no rusos.

La clase obrera será la primera en sufrir las consecuencias de este experimento absolutamente insensato, porque es la vanguardia de la revolución y será la primera en ser barrida dentro de una guerra civil. Y si la clase obrera es aplastada y destruida, eso significa que las mejores fuerzas y esperanzas del país serán destruidos.

Por lo tanto, le digo a los trabajadores que son conscientes de su papel cultural en este país: un proletariado cultivado políticamente debe examinar a conciencia su actitud con respecto al Gobierno de los Comisarios del Pueblo. Debe tomar una actitud sumamente cautelosa ante su creatividad social.

Mi propia opinión es la siguiente: los Comisarios del Pueblo están destruyendo y arruinando a la clase obrera, están confundiendo al movimiento obrero, de manera terrible y absurda, al llevarlo más allá de los límites de lo razonable, están creando condicio-

nes insuperablemente difíciles para la obra futura del proletariado y para el progreso entero del país.

No me importa lo que se diga de mí por mis opiniones acerca del "gobierno" de los experimentadores y los visionarios, pero sí me preocupa la suerte de la clase obrera y de Rusia.

Mientras sea capaz de hacerlo, habré de decir al pueblo proletariado, una y otra vez:

¡Están siendo arrastrados a la ruina, están siendo utilizados como material para un experimento inhumano, y a los ojos de sus dirigentes, todavía no son seres humanos!

TRADUCCIÓN DE MARIO OJEDA REVAH

## 6. LA IDEA DE REVOLUCIÓN

OCTAVIO PAZ

*En 1919 el catalán Josep Pla escribía en El Quadern Gris: "Los rusos están implantando la justicia en su país. Van a sufrir mucho. Van a vivirlo muy mal. Se encontrarán en la obligación de crear el Estado más policiaco del mundo, frío y siniestro. Tendrán hambre y sed, tendrán que agrandar las cárceles, tendrán que abolir todo lo que hace la vida agradable. Y de todos modos no implantarán justicia alguna".*

*Setenta años después, en su respuesta a François Mitterrand, quien le entregaba el premio Tocqueville, Octavio Paz formulaba la reflexión de toda una vida sobre "nuestra fascinación ante la Revolución":*

Un elemento central y que es el signo distintivo, la señal del nacimiento de la edad moderna: la idea de Revolución. Es una idea que no podía surgir sino en nuestra época pues es la heredera de Grecia y del cristianismo, es decir, de la filosofía y del anhelo de redención. En ningún otro periodo histórico la idea de Revolución ha tenido ese poder de atracción magnética. Las otras civilizaciones y sociedades experimentaron cambios inmensos —tumultos, caídas de dinastías, guerras fratricidas— pero sólo sus grandes mutaciones religiosas pueden compararse con nuestra fascinación ante la Revolución. Es una idea que, durante más de dos siglos, ha hipnotizado a muchas conciencias y a varias generaciones. Ha sido la Estrella Polar que ha guiado nuestras peregrinaciones y el sol secreto que ha iluminado y calentado las vigilias de muchos solitarios. En ella se han conjugado las certidumbres de la razón y las esperanzas de los movimientos religiosos.

Desde el momento en que apareció en el horizonte histórico, la Revolución fue doble: razón he-

cha acto y acto providencial, determinación racional y acción milagrosa, historia y mito. Hija de la razón en su forma más rigurosa y lúcida: la crítica, a imagen de ella, es a un tiempo creadora y destructora; mejor dicho: al destruir, crea. La Revolución es ese momento en que la crítica se transforma en utopía y la utopía encarna en unos hombres y en una acción. El descenso de la razón a la tierra fue una verdadera epifanía y como tal fue vivida por sus protagonistas y, después, por sus intérpretes. Vivida y no pensada. Para casi todos, la Revolución fue una consecuencia de ciertos postulados racionales y de la evolución general de la sociedad; casi ninguno advirtió que asistían a una resurrección. Cierto, la novedad de la Revolución parece absoluta; rompe con el pasado e instaura un régimen racional, justo y radicalmente distinto al antiguo. Sin embargo, esta novedad absoluta fue vista y vivida como un regreso al principio del principio. La Revolución es la vuelta al tiempo del origen, antes de la injusticia, antes de ese momento en que, dice Rousseau, al marcar los límites de un pedazo de tierra, un hombre dijo: *Esto es mío*. Ese día comenzó la desigualdad y, con ella, la discordia y la opresión: la historia. En suma, la Revolución es un acto eminentemente histórico y, no obstante, es un acto negador de la historia: el tiempo nuevo que instaura es una restauración del tiempo original. Hija de la historia y de la razón, la Revolución es la hija del tiempo lineal, sucesivo e irreplicable; hija del mito, la Revolución es un momento del tiempo cíclico, como el giro de los astros y la ronda de las estaciones. La naturaleza de la Revolución es dual pero nosotros no podemos pensarla sino separando sus dos elementos y desechando el místico como un cuerpo extraño... y no podemos vivirla sino enlazándolos. La pensamos como un fenómeno que responde a las previsiones de la razón; la vivimos como un misterio. En este enigma reside el secreto de su fascinación.

La edad moderna rompió el antiguo vínculo que unía la poesía al mito pero sólo para, inmediatamente después, unirla a la idea de Revolución. Esta idea proclamó el fin de los mitos —y así se convirtió en el mito central de la modernidad. La historia de la poesía moderna, desde el romanticismo hasta nuestros días, no ha sido sino la historia de sus relaciones con ese mito, claro y coherente como una demostración de geometría, turbulento como las revelaciones del antiguo caos. Relaciones inflamadas y extremas, de la seducción al horror, de la devoción al anatema, de la idolatría a la abjuración —toda la gama de las dos grandes pasiones: el amor y la religión. El entusiasmo de Hölderlin ante el joven Bonaparte y la decepción que siente al verlo convertido en el Em-

perador Napoleón, las simpatías girondinas de Wordsworth y el aborrecimiento que le inspira Robespierre, son apenas dos ejemplos de los vaivenes de los románticos alemanes e ingleses ante la Revolución francesa. Esas violentas oscilaciones se repiten a lo largo del siglo XIX ante cada movimiento revolucionario y culminan en el XX con las inmensas y sucesivas oleadas de sentimientos contradictorios —otra vez del fanatismo a la repulsión— que provocó en el mundo entero la prolongada influencia de la Revolución bolchevique.

Los movimientos de adhesión que suscitan todas las revoluciones pueden explicarse, en primer término, por la necesidad que sentimos los hombres de remediar y poner fin a nuestra desdichada condición. Hay épocas en que esa necesidad de redención se hace más viva y urgente por el desvanecimiento de las creencias tradicionales. Las antiguas divinidades, carcomidas por la superstición, envilecidas por el fanatismo y roídas por la crítica, se desmoronan; entre los escombros brota la tribu de los fantasmas: aparecen primero como ideas radiantes pero pronto son endiosadas y convertidas en ídolos espantables. Aunque hay otras explicaciones del fenómeno revolucionario —económicas, psicológicas, políticas— todas ellas, sin ser falsas, dependen esencialmente de este hecho básico. Una fe que nace del vacío que han dejado las creencias antiguas y que se alimenta, juntamente, de la conciencia de nuestra miseria y de las geometrías de la razón, es coriácea y resistente; cierra los ojos con terquedad lo mismo ante las incoherencias de su doctrina que ante las atrocidades de sus jefes. En esto la fe revolucionaria se parece a la religiosa: ni las matanzas de septiembre de 1792 ni la carnicería de Saint-Barthélemy ni los campos de concentración de Stalin hicieron vacilar las convicciones de los fieles. Sin embargo, hay una diferencia: las creencias revolucionarias están sujetas a la prueba del tiempo, mientras que las religiosas se inscriben en un más allá intocado por el tiempo y sus cambios. Las revoluciones son fenómenos históricos, es decir, temporales. La crítica del tiempo es irrefutable porque es la crítica de la realidad: muestra sin demostrar. Y lo que muestra es que la Revolución comienza como promesa, se disipa en agitaciones frenéticas y se congela en dictaduras sangrientas que son la negación del impulso que la encendió al nacer. En todos los movimientos revolucionarios el tiempo sagrado del mito se transforma inexorablemente en el tiempo profano de la historia. ◀

POESÍA, MITO Y REVOLUCIÓN. RESPUESTA DE OCTAVIO PAZ.  
VUELTA, MÉXICO, 1989; PP. 53-58